Una pionera farmacéutica vallisoletana en Madrid: Carmen de Miguel González-Miranda

Este mes de octubre, amable lector, nos hallas atareados con los últimos coletazos de la exposición *Pioneras farmacéuticas. Las primeras mujeres en el colegio Oficial de Farmacéuticos de Madrid (1918-1936)*, que aconteció por vez primera en la sede del Colegio de Farmacéuticos de Madrid.

Precisamente por ello, hemos pensado que dedicar la píldora histórica de este mes a otra de nuestras ciento seis primeras mujeres farmacéuticas que se iniciaron en la profesión durante la primera etapa de vida del Colegio de Farmacia de Madrid, podría ser un bonito cierre para nuestro proyecto.

El año de 1900 en que Carmen vino al mundo, dio comienzo un siglo que anunciaba progresos tecnológicos sin precedentes. Las industrias automovilísticas y de aviación iniciaban sus primeros pasos, asombrando a curiosos y haciendo las delicias de los visionarios. La sanidad se hallaba en un proceso de crecimiento imparable, y la industria del medicamento estaba cambiando de forma radical la manera de entender la profesión de la farmacia.

Carmen fue la mayor de ocho hermanos. Tres de ellos no llegaron a la edad adulta, en unos tiempos en los que la mortandad infantil seguía arrebatando a las familias a muchos de sus pequeños. Aquella chiquilla de catorce años se trasladó desde Valladolid a Madrid y preparó sus estudios de bachillerato, ya encaminados hacia una profesión sanitaria.

Criada en una familia de ambiente intelectual, la voluntad de su padre, Ramón Miguel Nieto, abrió con decisión el camino para que todos sus hijos cursaran estudios superiores en la universidad. En el propósito paterno reconocemos la visión de un avanzado de su época. Ello, en unos tiempos en los que alrededor del 40% de la población era analfabeta. De entre aquellos niños que pudieron recibir enseñanza reglada, solo un porcentaje minoritario accedía a estudios de bachillerato. Tras la etapa colegial, el paso de entrada a la universidad quedaba reservado a unos pocos privilegiados, de los cuales una minoría de la minoría fueron mujeres.

El cabeza de la familia, Ramón Miguel había estudiado ingeniería en París y, al volver a España, fundó la Escuela de Telecomunicaciones. Años después, fue nombrado director de la Compañía de Correos y Telégrafos, cuyo edificio radicaba en la madrileña plaza de Cibeles (hoy sede del Ayuntamiento de Madrid). ¿Cómo no habría de desear Ramón, amante de la música y con estudios de violín, que su hija aprendiera a tocar el piano para acompañarle en duetos musicales?

Carmen fue la única de entre sus hermanos que cursó estudios de Farmacia en la antigua Universidad Central. Su padre la solía acompañar todos los días hasta la facultad, para luego recogerla de vuelta a casa. Las seis mujeres que empezaron la carrera farmacéutica en la promoción de Carmen ocupaban el mismo banco durante las clases, cerca del catedrático, en una época en la que la asistencia de la mujer a la universidad se había venido gestionando como un problema de orden público. La joven estudiante ansiaba desprenderse de la escolta paterna, y comentaba años después que su momento de mayor felicidad llegaba cuando ella y sus compañeros se iban caminando solos desde la sede de la Universidad hasta los laboratorios. ¡Qué momento de libertad, liberada del ojo vigilante del padre!

En 1926 Carmen se colegió en Madrid, e integró el grupo de las primeras mujeres que ejercieron como titulares de oficina de farmacia durante las primeras décadas del siglo XX. Casó con el médico Manuel Domínguez Ramos y tuvo cuatro hijos, de los cuales Beatriz y Regina heredaron su vocación farmacéutica.

Unos años antes de la guerra Carmen decidió abrir una farmacia, y aprovechó para elegir una lechería de la calle Jorge Juan nº 34 de Madrid, cuyo negocio andaba cerrando. La joven Carmen adaptó el local y conservó la alargada mesa de mármol blanco, con una báscula en el medio, que decidió utilizar para la elaboración de fórmulas magistrales. En su farmacia se dispensó el jarabe "Dessar", y el elixir "Salalit", ambos registrados en 1927.

A aquella farmacia sita en una insigne calle madrileña (dedicada al mejor científico español del siglo XVIII), Carmen dedicó su larga vida. Incluso después de jubilada, con más de noventa y siete años la podían encontrar detrás del mostrador, aconsejando y recibiendo a la clientela del barrio. Cuando bajaba a la farmacia, y las clientas del barrio la veían, pedían que las atendiera la venerable doña Carmen.

Ya en sus últimos años, esta farmacéutica comentaba cómo añoraba la práctica profesional de la formulación magistral, de la que se enorgullecía. Solía recibir frecuentes encargos del dermatólogo que pasaba consulta cerca de la farmacia, o de aquel otorrino que atendía a sus pacientes, en la confianza de recomendarles la farmacia de doña Carmen de Miguel. Allí se elaboraban líquidos de gargarismos y fórmulas para inhalaciones, supositorios de glicerina, píldoras para la garganta, o cremas hidratantes y regeneradoras. Por aquellos años, los clientes asiduos solían tener cuenta abierta en la farmacia de Jorge Juan, que liquidaban a final de mes.

El expediente colegial de esta farmacéutica nos permite asomarnos a los años duros de la transición democrática, en los que los niveles de inseguridad se incrementaron de forma alarmante, consecuencia de la venta de heroína y otras drogas en muchas de las esquinas de nuestra ciudad. Las farmacias se convirtieron en objetivos prioritarios de aquellos jóvenes que cayeron en los brazos de la adicción. La farmacéutica Carmen de Miguel no fue una excepción, atracos sucedidos en los años 1978, 1979 (éste perpetrado a punta de pistola y navaja), 1993…, generalmente con robo de estupefacientes y del dinero de la caja, o forzando el cierre del establecimiento. En 1984 declaraba nuestra pionera que ya contaba con seis asaltos en su historial profesional.

Pero la profesión también permitió el ejercicio de una forma de vida dedicada a la salud pública. Sus dos hijas siguieron la vocación pionera de su madre, herencia natural en una familia en la que los niños, después de salir del colegio, pasaban diariamente por la farmacia y se entretenían allí durante un rato viendo a su madre trabajar.

La fuerza de la profesión saltó a una generación más y llegó a su nieta, María, que hoy en día continúa la tradición familiar. De su abuela habla con pasión, orgullo y melancolía, una hermosa mezcla cuajada de amor familiar. Cuando María acabó la carrera, recuerda que su abuela le propuso intercambiar conocimientos: la anciana le transmitiría su experiencia en formulación magistral y la nieta le pondría al día sobre antibióticos. Recordemos que cuando nuestra pionera abrió farmacia, por aquellos años aún no se comercializaba la penicilina, sino solo las sulfamidas, empleadas para el tratamiento de las enfermedades infecciosas.

Al cumplir los cien años, doña Carmen recibió del Colegio de Farmacéuticos de Madrid una placa conmemorativa de su aniversario. Aquella castellana recia, protectora y cariñosa, llevó su oficina de farmacia con rigor y profesionalidad, convirtiéndose en el mejor legado que pudo dejar a la profesión.

Doña Carmen de Miguel cumple 100 años

El pasado 15 de febrero nuestra compañera Dª. Carmen de Miguel González Miranda cumplió cien años. Con esta ocasión la Junta de Gobierno del Colegio le ofreció una placa conmemorativa y acudieron a visitarla el presidente y el vocal de Oficinas de Farmacia. También recibió felicitaciones de más altas instancias como la del Papa y de la Casa de Su Majestad.

Dª. Carmen abrió su farmacia en la calle Jorge Juan el año 1926. Su vocación ha tenido una firme continuidad: sus hijas Beatriz y Regina, y su nieta María, también son farmacéuticas.

Dª. Carmen de Miguel, flanqueada por sus hijas Beatriz y Regina, Luis J. González Díez, vocal de Oficinas de Farmacia y José Enrique Hours, presidente del Colegio.

INFORMATIVO FARMACEUTICO • Enero - Febrero 2000

Carmen de Miguel González Miranda falleció en 2002, a los 102 años, tras haber recorrido tres siglos trufados de progreso, revoluciones, conflictos bélicos y desarrollo. Tantos cambios vio aquella profesional que, en los inicios del segundo milenio, cuando se empezaron a utilizar los teléfonos móviles, solía decir a sus nietos "llámame desde ese teléfono mágico que tenéis".

Marta García Garralón
Departamento de Archivo
Colegio Oficial de Farmacéuticos de Madrid